BOLIVAR

Por

GERMÁN ARCINIEGAS

Autor de *Los Comuneros*, *Los alemanes en la conquista de América*, *Jiménez de Quesada*, *América, tierra firme* y otras obras.

REFUNDICIÓN DE

MAN OF GLORY: SIMÓN BOLÍVAR

OBRA ORIGINAL DE

THOMAS ROURKE

Copyright 1939 por William Morrow and Company, Inc. Nueva York, E.U.A.

BOLÍVAR

A FINES DEL SIGLO XVIII, rompiendo los lazos que la ataban a Inglaterra, surge una república en la América del Norte. Poco después, el pueblo de Francia toma la Bastilla y decapita a Luis XVI. Los enciclopedistas hacen circular por Europa y por el mundo la filosofía de la Revolución. Los criollos que en América sólo habían conocido hasta ayer la Escolástica de Santo Tomás a través de monótonos manuales de filosofía, ahora leen a Voltaire, a Rousseau. Y así germinan en los Andes remotos, donde un pueblo sueña en ser el amo de sus propios destinos, las semillas de independencia y libertad que los alegres y bravos vientos de estos días llevan a todos los confines. España y sus colonias viven sobre un barril de pólvora. Y España misma, sin darse cuenta, ha prendido la mecha.

Dos años antes que Bolívar venga al mundo, José Antonio Galán enciende la rebeldía en la villa del Socorro, en el Virreinato de la Nueva Granada. Este caudillo sigue el mismo trágico destino de Tupac Amaru, el descendiente de los reyes Incas, que acaba de pagar con su vida la insurgencia. A Tupac Amaru, vencido y hecho prisionero en el Perú, se le arranca la lengua, se le ata a un poste y se le obliga a que presencie la muerte de su mujer, su hijo y seis de sus compañeros a quienes se descuartiza en la plaza pública atándolos a las colas de cuatro caballos. Tupac Amaru sufre luego idéntico suplicio.

Son cosas que ocurren en el año de Gracia del Señor de 1781...

DOS AÑOS después nace en Caracas, en casa rica y noble de criollos, una criatura a quien el cura bautiza «Simón José Antonio de la Santísima Trinidad». Sus apellidos, Bolívar y Palacio. A los tres años muere su padre, y la madre, viuda a los veintisiete, redobla sus afectos y mimos para con el chiquillo. Lo mismo hacen sus hermanos María Antonia, Juana María y Juan Vicente, que todos a una viven celebrando sus gracias.

Como es natural, el niño se torna caprichoso. Su madre, desesperando de someterlo a ninguna disciplina, lo pone en manos de un tutor que contará más tarde cómo el niño era «insoportable, inquieto, imperioso, audaz, voluntarioso, desatento a todo consejo, e intratable». Dice un día el tutor: «Este muchacho es un polvorín». Y le responde el niño: «No se me acerque, porque estallo». Otro día lo lleva el tutor, montado en un burro, por las calles de Caracas. «Simoncito», le dice, «temo que nunca llegues a ser un caballero». Y Bolívar: «¿Cómo va a esperar usted de mí que llegue a caballero montándome en un burro?»

(*Publicado en Selecciones en julio de 1943*)

EL PRIMER BOLÍVAR que vino a América, Simón también, era de Vizcaya. Se estableció en Caracas en 1589, cuando la ciudad sólo tenía treinta y nueve años de fundada. Vino de Regidor Perpetuo, y con él empezó a crecer y prosperar en América esta familia, en la cual no faltaron títulos nobiliarios, pues hubo el Marqués de Bolívar y el Vizconde de Cocorote. Pasan así generaciones, y ahora, cuando mueren los padres de Simón, dejan a los cuatro niños rica herencia: tres casas y un solar en Caracas; el valle y las minas de Aroa; el cacaotal de Taguaga; el hato de los Llanos. Pero, mejor que todo, la hacienda de San Mateo, con sus sembrados de caña y el ingenio, la destilería de ron, las casas para los patrones y la peonada, los doscientos esclavos, los caballos...

Bolívar crece. Tiene ahora por maestro a uno que luego será el más cabal humanista de América: don Andrés Bello. Y a don Andrés sucede un ser extravagante y estrambótico: don Simón Carreño, o Rodríguez, o Samuel Robinson, nombres todos que usa al arbitrio de su fantasía. Cuando este maestro habla, cita a griegos, romanos y franceses. Lleva siempre en el bolsillo el *Emilio* de Rousseau, que para él vale más que una biblioteca.

Con este — digamos Simón Rodríguez — va Bolívar a San Mateo. Maestro y muchacho deambulan por los montes, nadan cortando la fiera corriente de los ríos, escalan altos picachos, vuelan — con los llaneros — jinetes por la pista sin límites de los Llanos. Rodríguez, hablando siempre de Rousseau, de la Enciclopedia, de los Derechos del Hombre. Bolívar, empezando a ser lo que fué más tarde: el primer jinete de los Llanos, es decir: del mundo.

LOS ESCLAVOS del valle de Curimagua se han levantado. La mano fuerte del Gobierno colonial los vence. José Chiriños, el zambo, muere ejecutado en la plaza de Caracas. Bolívar y Rodríguez están entre la multitud que ve la ejecución. Bolívar tiene doce años y el espectáculo poco le interesa. Sus ojos miran a otra parte: al balcón de sus lindas primas, las Aristiguetas...

Pasan dos años. Unos intelectuales insurgentes de España, han venido presos a la Guaira. En Caracas se conspira para libertarlos. Pero el Gobierno madruga, caen los conspiradores, y poco falta para que Simón Rodríguez, a quien la familia de Bolívar logra sacar de la prisión, muera en el cadalso. Bolívar ve las jaulas siniestras que adornan las salidas de la ciudad, con las cabezas de los ajusticiados, entre bandadas de gallinazos. Parece que no le interesan. Regresa a San Mateo. Entra en la milicia de los blancos de Aragua, aprende el arte de la guerra que le enseñan sus maestros españoles — el porvenir dirá si lo ha aprendido bien — y cuando vuelve a Caracas, las lindas Aristiguetas le miran amorosas. Bolívar es más hombre, y luce el vistoso uniforme de alférez.

Pero la visión de estas primeras mujeres que se atraviesan en su vida no deja rastro. Ahora Bolívar cruzará el mar. Tiene diecisiete años, y lo llama a Madrid su tío Esteban Palacio.

El lento buque de vela hace escala en Veracruz, y mientras lo cargan y descargan, Bolívar va a la capital: cuatrocientos kilómetros a caballo. En México ve de cerca una corte virreinal. Ha llevado carta para el virrey, para el arzobispo. También por estos lados hay inquietudes, y levantamientos, y cadalsos. Cuando habla con el virrey, parece que le hace preguntas nada discretas. Pero todo se reduce a veloces anécdotas de viaje, cuyo eco apaga el galope del caballo que lo devuelve a Veracruz. Otra vez en el buque, que ahora toca en La Habana, que ya avanza hacia la Europa rutilante, que ancla, al fin, en un puerto de Vizcaya, la tierra de sus abuelos.

Bolívar es un joven criollo rico, danzarín y galante. En Madrid se asoma a las intimidades de la corte por la ventana de los favoritos. Dícese que alguna noche debió acompañar a la Reina, de la casa de uno de ellos al Palacio Real. Son las noches y días de la liviana reina María Luisa, en que la corte es un tejido de chismes, aventuras románticas y lances de espadachines. Bolívar hace resonar los cascos de su caballo por las calles de Madrid, y aun llega a desenvainar su acero cuando alguna vez se le interponen los guardas.

En París, se mezcla entre la muchedumbre que aclama a Napoleón, salvador de la república. Entonces ve al héroe cuyo nombre empieza a ser la admiración del mundo, pero aún la política no le arrebata. Signo de la hora es el amor, y en Madrid ha dejado novia. Es María Teresa Toro, nieta del Marqués de Ustáriz, en cuya casa ha vivido Bolívar. Cuando el padre de María Teresa oye por primera vez a este caraqueño de diecinueve años que repentinamente se enamora de su hija y, sin más rodeos, le pide su mano, no ve en esto sino un arrebato moceril. Pero Bolívar es Bolívar, vence las dudas del padre, y ahora que va a volver a su patria, se lleva a María Teresa como su conquista de Europa.

Y cuando Bolívar y su esposa llegan a Caracas, desde la casona solariega, en la Plaza de San Jacinto, hasta las chozas de los esclavos, en San Mateo, resuenan los vivas de alborozo con que se saluda a la juvenil pareja.

OCHO MESES — ¡tan sólo! — dura el romance. Una noche, por el camino de la montaña bajan los negros esclavos, con antorchas, llevando a María Teresa en una hamaca. Bolívar va a su lado, cortando apenas con breves frases cariñosas un silencio de mal agüero en que oye demasiado las pisadas diligentes de los negros descalzos, las herraduras de su caballo que cantan sobre las piedras. A la noble española la consume en sus llamas la fiebre del trópico. Bolívar cierra con lágrimas el episodio fugaz de su matrimonio. El hogar que levantaron sus manos febriles de entusiasmo, se ha hundido. Está apagado el fuego acogedor que debió retenerle en Venezuela, y ahora su juventud lo empuja otra vez a Europa. Es un vuelco de la vida que lo hará hundirse en el vértigo del mundo occidental, que le arrastrará a la lucha, y le moverá al juramento de consagrar su vida a la causa de la libertad.

BOLÍVAR es el criollo a quien se admira en los salones. Hace correr el oro de la familia lo mismo en Londres que en París. En Viena, en Madrid, en Lisboa, vive como un príncipe. El pintor Gill hace su retrato. En la Ópera de París hay un palco señalado con su nombre. Impone en la moda un sombrero que se llama «chapeau Bolívar». En Londres gasta en tres meses 150.000 francos. En el fondo, la conquista ha sido demasiado fácil. Este triunfo social, que deslumbra en un principio, no tiene la resonancia de ciertas voces más hondas que llevan a muchas gentes a vivir la vida de revolucionarios o de conspiradores, en trance de heroísmo.

Es un momento crítico de la historia. En la penumbra íntima de los salones se discute con vehemencia. Los americanos hablan, en logias y tertulias secretas, de independencia. Empieza a incubarse una pasión. Se cuenta de quienes sufren prisiones en España por la Libertad. De aquel don Antonio Nariño, de Santa Fé de Bogotá, a quien muerden ahora los grillos de la cárcel por haber traducido *Los Derechos del Hombre*.

José Félix Ribas, un venezolano amigo de Bolívar, asiste a las tenidas secretas llevando el gorro encarnado de la revolución. Bolívar presencia la ceremonia en que se corona emperador a Napoleón en Notre Dame, y dice: «Esa corona es una reliquia vergonzosa de tiempos tenebrosos...»

Ya no es Napoleón lo que seduce a Bolívar. Empieza a dibujarse en su ánimo la verdad de su destino. Esa libertad que intermitentemente ilumina a Europa, la siente él viva, como antorcha inextinguible, en el porvenir de América. Y cuando así piensa, se cruza otra vez en su camino aquel maestro extravagante de Caracas, que ha rodado por el mundo, desterrado, con el libro de Rousseau en el bolsillo y el alma tocada de Enciclopedia. A pie, peregrinando de norte a sur, con la cabeza al aire y el pelo revuelto, va don Simón Rodríguez. Bolívar le acompaña. Durante tres meses estos dos filósofos bohemios vagan por ciudades y campiñas de Italia observando, leyendo libros, hablando siempre de un Nuevo Mundo formado por pueblos libres, dueños de sus propios destinos.

En Roma, en la cumbre del Monte Aventino, mirando allá abajo el panorama de la ciudad antigua, y con su maestro por testigo, jura Bolívar librar de españoles al mundo americano.

EL AÑO DE 1810 es en América el año de la libertad. Bolívar, que regresa a Caracas, encuentra a sus compañeros de París y de Madrid conspirando. Aquel Ribas de las logias parisienses, pone el toque encendido de su gorro encarnado en el cuadro de las reuniones nocturnas, que se celebran en los patios, a la luz de las estrellas. Vivas están en las mentes de todos las aventuras y desventuras del general Francisco de Miranda, el precursor apasionado que combatió en los Estados Unidos al lado de Lafayette y en Europa bajo las banderas de Napoleón. Hace cuatro años se presentó Miranda en las costas de Venezuela a dar la primera batalla por la independencia de las colonias españolas. Fracasó,

pero su fracaso sólo implicó un error de tiempo o de preparación. En el fondo, fué una elocuente expresión de fe en nuestra liberación.

Las noticias que llegan de Europa entusiasman a los conspiradores de Caracas. España ha perdido la cabeza. En Bayona, bajo la presión de Napoleón, ha abdicado el rey don Carlos IV. Fernando, el heredero, es prisionero del emperador francés, que nombra a su hermano José Bonaparte, el «Pepe Botellas» de que hablarán las crónicas, rey de España. El pueblo español se apresta a la defensa nacional. Se forman juntas de gobierno. Y, claro está, surge el problema del sometimiento de América a esas nuevas juntas. El cabildo de Caracas desconoce al representante del Rey. Por las calles se oye el grito de alborada: «¡Viva la Libertad!» Y Bolívar, revolucionario, sale camino de Inglaterra, para buscar apoyo a los ejércitos que pronto habrán de formarse.

Lord Wellesley, canciller del reino, recibe en Londres al «Coronel» Simón Bolívar, y a sus compañeros Andrés Bello y Luis López Méndez. Van a nombre de la junta de Caracas y, cuando menos, consiguen que se les mire con simpatía. Por primera vez en sus vidas, Bolívar y Miranda se reúnen, y de Londres salen para Venezuela a bordo del *Avon* y el *Saphire*, dejando al Ministro de España entregado a presentar quejas por la tolerancia de Inglaterra.

HA EMPEZADO la guerra en América. El 3 de julio de 1811 se reúne, en Caracas, un congreso que declara la independencia de Venezuela. Esa noche, el pueblo sale vitoreando la libertad. Se quema mucha pólvora, la música recorre las calles y los españoles se esconden en sus casas.

Pero la guerra va a ser dura y difícil, y este pueblo de blancos y pardos que apenas si sabe lo que es un fusil, está muy lejos de servir para formar un ejército como los que mandó Miranda en las guerras de Europa. Los primeros encuentros son inciertos. Hay derrotas. Bolívar hace su primer ensayo al frente de un pequeño ejército y obtiene un triunfo de poca importancia. El español Monteverde, en cambio, gana a Coro para la causa del Rey. Muchos dudan. Tan bruscos son los cambios de la fortuna y tan insólito es lo que ocurre en dos años de desconcierto, que nadie sabe si provocar a España puede ser provocar a Dios mismo.

Y en tanto que así se duda, el Jueves Santo, a las cuatro de la tarde, cuando todo en la ciudad está tranquilo, se oyen de pronto ruidos subterráneos. Es el terremoto del año 13. La capilla de San Jacinto queda en escombros. Nubes de polvo se levantan al derrumbarse viejas casonas. Se oyen gritos de agonizantes. Los curas realistas aprovechan la oportunidad y exclaman: «¡Es el castigo de Dios! ¡La culpa de la revolución!» Bolívar corre de un sitio a otro prestando auxilios, recogiendo heridos, salvando a cuantos puede, pero cuando oye el maldito rumor de los realistas y ve que toma cuerpo en las gentes sobrecogidas de pavor, salta airado, calla a los realistas, y se enfrenta a la muchedumbre y grita dominándola: «Si la naturaleza

conspira con el despotismo y pretende atajarnos, lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca».

La guerra, sin embargo, empieza a resolverse en favor de los realistas. Bolívar pierde a Puerto Cabello por la traición de Vinoni, un oficial venezolano «indigno de este nombre», que entregó a los españoles la fortaleza de San Felipe y volvió sus bocas de fuego contra las propias tropas de Bolívar, su superior. Perder a Puerto Cabello es recibir, como dice Miranda, una herida en el corazón. Bolívar escapa por milagro y envía una carta a Miranda en donde le dice que apenas si tiene valor para escribirle. Miranda, a su turno, capitula en un sitio que — triste ironía —, se llama La Victoria. Monteverde, el realista, se hace dueño de la situación. La primera república de Venezuela ha muerto.

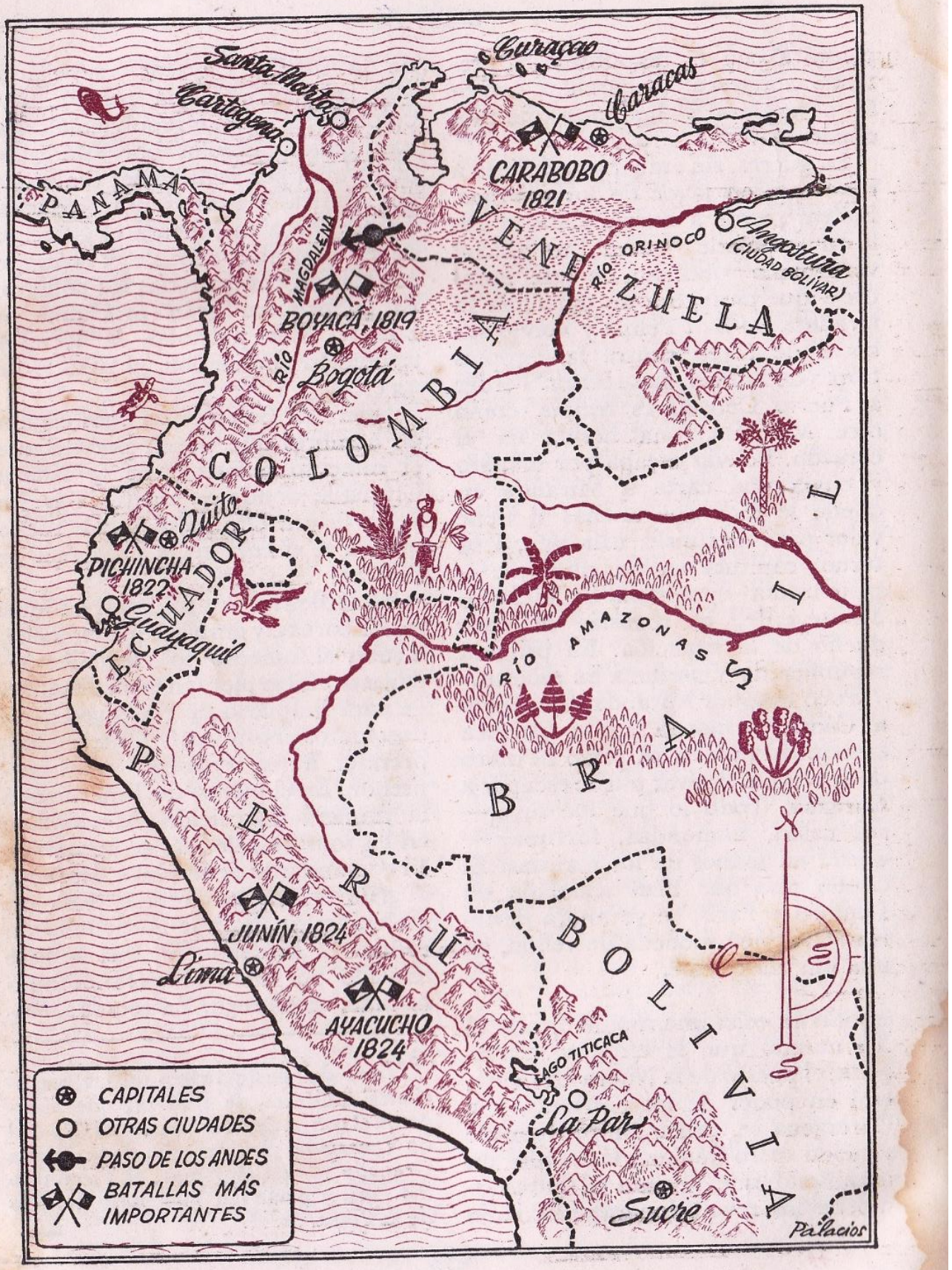
Poco después Miranda es enviado a Cádiz, y morirá en la Carraca encadenado como un perro al muro de la prisión. Bolívar puede escapar a Curazao. Todo lo que fué suyo — sus casas, haciendas, fortuna, — queda en manos de los realistas. El criollo rico que hizo sensación en Londres y París, se ve ahora desterrado, sin una moneda de vellón, en una isla del Caribe.

Bolívar echa una rápida ojeada al mundo que le circuye. Cartagena, el puerto de la Nueva Granada, está en poder de los patriotas, y a Cartagena se dirige. Entra, hombre vencido pero audaz, lanzando un manifiesto que levanta el entusiasmo de los revolucionarios. El «hijo de la infeliz Caracas» sabe que allá la guerra se ha perdido por culpa de los mismos republicanos que han tenido filósofos por estadistas, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. En esta hora turbulenta el gobierno debe mostrarse terrible y armarse con fiereza contra todos los peligros. Es la primera gran proclama de Bolívar. Los patriotas la leen, y responden confiándole el mando de un ejército.

¿Ejército? Son apenas unos cientos de hombres que tienen por delante el inmenso territorio de la Nueva Granada, donde se jugará la suerte de la futura Gran Colombia, sueño que ya se dibuja en la proclama de Bolívar.

Mete Bolívar sus soldados en unas malas barcas, y empieza, en la noche, a subir el inmenso río Magdalena — cuyas orillas se pierden en la distancia — para limpiarlo de enemigos, ¡con doscientos hombres! Quiere sorprender a los realistas, y los sorprende. En el puerto de Tenerife está la primera guarnición. Moviéndose en las sombras, Bolívar se aproxima. El comandante de la plaza despierta al grito de: «Si no os rendís, descargo mi artillería». Bolívar no tiene ni un cañón. El comandante, que se cree atacado por todo el ejército republicano, se entrega. En seguida, Bo-

Mapa del vasto teatro de las operaciones militares de Bolívar, que abarcaron el territorio de la Capitanía General de Venezuela, el Virreinato de la Nueva Granada (hoy Colombia), el Virreinato del Perú y parte del Virreinato del Río de la Plata.


Curaçao
Santa Marta
Cartagena
Caracas
CARABOBO
1821
PANAMA
MAGDALENA
VENEZUELA
RÍO ORINOCO
Angostura
(CIUDAD BOLÍVAR)
BOYACÁ, 1819
RÍO
Bogotá
COLOMBIA
Quito
PICHINCHA
1822
ECUADOR
Guayaquil
RÍO AMAZONAS
BRASIL
PERÚ
JUNÍN, 1824
Lima
AYACUCHO
1824
LAGO TITICACA
BOLIVIA
La Paz
Sucre
Palacios
CAPITALES
OTRAS CIUDADES
PASO DE LOS ANDES
BATALLAS MÁS
IMPORTANTES

lívar, ya mejor armado, cae al puerto siguiente: a Mompox. También aquí los realistas se engañan pensando que avanza un gran ejército, y huyen.

Bolívar ha limpiado de enemigos las bocas del río Magdalena. «¡Aquí nació mi gloria!», exclama entusiasmado. Y, en efecto, esta primera campaña suya es una obra maestra que le ganará la confianza de los pueblos. Un historiador alemán, Gervinus, en su *Historia del Siglo XX*, dirá de ella que no es inferior a ninguna entre las más audaces que haya conocido el mundo europeo.

Bolívar está ahora en una orilla del gigantesco río, rodeado de selvas, mirando al fondo los estribos de la cordillera de los Andes. Detrás de esos Andes está su Caracas, y él tiene que volar a libertarla. Del cálido fondo del valle sale con sus tropas, y empieza a trepar la cordillera.

A medida que sube, va chocando con fuerzas españolas. En seis días da seis batallas y obtiene seis victorias. Con la gente que se le une y las armas que toma a los españoles, el suyo empieza a parecer un ejército. Pronto puede dirigirse al Congreso de la Nueva Granada diciéndole que deja abierta a los patriotas la navegación del río Magdalena, y que ha destruído las fuerzas realistas. Tiene cien prisioneros, muchos de ellos oficiales, y bastantes municiones. Es el balance de dos semanas. Pide al Congreso licencia para ir con tropas colombianas a libertar a Venezuela.

Dos meses antes, Bolívar era en la Nueva Granada un desconocido, y llegaba de Venezuela sin un centavo. Ahora ya es el hombre famoso que guía un cuerpo de apasionados revolucionarios por los más duros caminos. Del valle ardiente ha subido a alturas donde alternan mesetas heladas y lagunas, desfiladeros tremendos que, o no ha cruzado planta de hombre alguno, o vigilan en acecho los indios bravos. Es la primera experiencia suya al frente de un ejército en los Andes, pero tiene fe sin límites. Avanza, y cuando pisa de nuevo tierra de Venezuela, exhorta a los soldados diciéndoles: «Vosotros, fieles republicanos, marcháis a redimir la cuna de la independencia colombiana, como los Cruzados libertaron a Jerusalén, cuna del Cristianismo».

Ahora, cuando Bolívar llega a las aldeas y ciudades, se le recibe como a un héroe. Ya está en Mérida, ya en Trujillo, donde los pueblos aclaman, ebrios, su libertad. Cierto día recibe un mensaje que le preocupa hondamente: el comandante español Tizcar ha ordenado a sus tropas que combatan sin dar cuartel a quienes se entreguen. Bolívar entonces decreta la guerra a muerte:

> **«Los bárbaros españoles os han aniquilado con la rapiña y os han destruído con la muerte: han violado los derechos sagrados de las gentes: han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y, en fin, han cometido todos los crímenes, reduciendo la república de Venezuela a la más espantosa desolación. Así, pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla... Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria, y en consecuencia será pasado por las armas...»**

Y pisando cada vez más duro, sin detenerse, golpeando aquí y allá a los españoles, avanza hacia Caracas. Valencia se le entrega sin un tiro. Monteverde, comandante del ejército español, huye a Puerto Cabello. Una comisión llega a hablarle a nombre del Gobierno realista de Caracas, que se da por vencido. La recibe en La Victoria: el mismo sitio en donde Miranda había capitulado. Es un final asombroso: en su primera campaña, este general de treinta años ha recorrido 1200 kilómetros atravesando montañas vírgenes, dado seis batallas, destruído cinco ejércitos y reconquistado todo el oeste de Venezuela en noventa días.

La entrada a Caracas es una apoteosis. La muchedumbre le espera a las puertas de la ciudad, bajo un arco de flores. Se ha preparado para el héroe un carro romano cubierto con hojas de laurel y palmas, y decorado con águilas doradas. Bolívar ha dejado el traje sucio de campaña, y lleva un vistoso uniforme blanco y azul, bordado de oro. Discursos. Doce damas vestidas de blanco tiran del carruaje. Retumban en el valle las aclamaciones, la pólvora, la música. Rosas, camelias, todas las flores de Caracas llueven sobre su cabeza. El pueblo llega hasta los tejados. Muchachos descalzos, hombres y mujeres, bailan y cantan frenéticos tras el cortejo...

ESTA CAMPAÑA RELÁMPAGO, de triunfos fulgurantes, deja en manos de Bolívar una república sin más bases que su propia fe. Los realistas y la guerra han secado el país. Es preciso imponer contribuciones a los españoles para rehacer la hacienda. El Ejército no ha recibido paga alguna. Y si Bolívar ha limpiado el camino que viene desde Nueva Granada hasta Caracas, los realistas están en muchas partes hostilizándolo y amenazándolo. Puerto Cabello está aún en su poder, y han llegado allí mil doscientos españoles en la flota que vino de Puerto Rico.

Todos los días hay escaramuzas. En una batalla, Bolívar pierde al más apuesto y joven de sus oficiales: Atanasio Girardot, el neogranadino. En las laderas del Bárbula, cuando su juvenil audacia de abanderado le empujó hasta la cumbre para clavar allí la insignia de la patria, cayó acribillado por las balas, a la sombra del árbol de colores que aún tenía el estremecimiento de sus manos. Bolívar exalta el recuerdo de este héroe en forma impresionante. Pone su corazón en urna dorada para llevarlo a Caracas, y mientras los pueblos se cubren de negros crespones, la procesión que conduce la reliquia camina día y noche, al son de cobres y tambores, hasta llegar a Caracas que recibe conmovida ese fruto amargo de la victoria.

Caracas ve que nadie está más cerca del pueblo que Bolívar. Le da un título que será luego el de su gloria: Libertador de Venezuela. Pero el «Libertador», que recibe con emoción el homenaje, ve que a lo lejos y en torno suyo se agolpan malas nubes. Crece el poder de los enemigos: Ceballos sale de Coro con 1300 realistas; Salomón avanza sobre Valencia con 1200; Boves amenaza a Caracas con sus 2000 jinetes, y Yáñez manda 2500 en los llanos de Apure.

En las llanuras de Araure, Bolívar da su primera gran batalla el 5 de diciembre de 1813. Y la da a raíz de su primera derrota, cuando en Barquisimeto una orden de retirada, dada por error, le arrebató de las manos el triunfo. Pero el combate de Araure es cosa grande. 4800 hombres tiene Bolívar: 5200 los realistas. Se pelea todo un día. Bolívar observa desde una colina los movimientos de sus cuatro columnas, y su caballería y su artillería. ¡Cuántas cosas tiene ahora! Más tiene al anochecer, cuando, puestos en fuga los españoles, dejan mil muertos en el campo y setecientos prisioneros en su poder.

La victoria parece afirmar la liberación de Venezuela. ¡Ilusión! Por el lado de los Llanos empieza a formarse la legión infernal: la legión de Boves. Son partidas, muchedumbres de jinetes que, de asalto en asalto, llevan el terror a los pueblos.

El propio Boves es un hombre cruel que no parece haber sido amamantado con leche de mujer — como dirá Bolívar — sino con la de los tigres y las furias del infierno. Tiene todo el aire salvaje que ha traído de los hatos del Llano, y tras él galopan ocho mil jinetes que no desdicen de su capitán.

Dos victorias de Bolívar — la de Carabobo, y la que obtiene en su propia hacienda de San Mateo — no hacen sino retardar la tormenta. Llega un momento en que fatalmente cae Valencia, y Boves avanza hacia Caracas, que no tiene cómo defenderse. Viene la emigración en masa de los patriotas. Lo que ahora dirige Bolívar no es un ejército, sino una muchedumbre de diez mil personas, que huyen de la ciudad para esconderse en los montes. Ancianos, niñas que no habían conocido sino el risueño contorno de los patios de Caracas, nobles caballeros, forman este abigarrado conjunto que camina veinte días y veinte noches, para buscar un último refugio en Barcelona. Y a la cabeza de todos, Bolívar. Envuelto va en su capa obscura, hundida la barba en el pecho, consumido por el infortunio que hace ver más profunda la llamarada interna de sus ojos.

La ola de la reconquista española avanza por todas partes. Bolívar se pone a salvo en la isla de Curazao. La prueba de la derrota empieza a minar la moral de sus compañeros, que le vuelven la espalda y lo calumnian. Él ha perdido todo; las que fueron sus inmensas riquezas están en poder del español, y, sin embargo, se le acusa de haber tomado para sí dinero de los patriotas.

Solitario, empecinado, por segunda vez dirige los ojos hacia la Nueva Granada. Vuelve a Cartagena, pero esta vez se presenta sin un soldado a rendir cuentas del ejército que se le había confiado para libertar a Venezuela. El Congreso está reunido en Tunja, y a Tunja va a entregarse como un prisionero que quiere someter su conducta al juicio de sus conciudadanos. En el Congreso se le recibe con una grande ovación.

«General» le dice el presidente, don Camilo Torres, «vuestra patria no muere mientras viva vuestra espada: con ella, vos la rescataréis de sus opresores».

Estas palabras generosas se pierden en el tumulto de los acontecimientos.

No está lejano el día en que el propio don Camilo Torres que las ha pronunciado, pierda su vida en el cadalso. España se ha recuperado en Europa. Fernando VII ha vuelto al trono con una idea fija: la de reconquistar a América. Morillo, un militar que ha combatido contra Napoleón, sale para América al frente de 15.000 soldados de verdad, en 76 navíos repletos de armas. Por primera vez España va a lanzar todo su poderío sobre la masa de campesinos que ha tenido a sus órdenes Bolívar. Y mientras hay vacilaciones y celos entre los oficiales revolucionarios, Morillo cae sobre Venezuela y un ejército formidable avanza hacia el interior de la Nueva Granada.

Como huyeron las gentes de Caracas, ahora huyen las de Bogotá, y en los patíbulos entregan sus esperanzas y sus vidas los criollos más ilustres que se pusieron al servicio de la Revolución. Bolívar, viendo el vacío en torno, busca refugio en Jamaica.

El héroe toca ahora al fondo de su propio abismo. El duque de Manchester, gobernador de la isla, que suele estar con él, dice: «La llama ha consumido el aceite». Maxwell Hyslop, un inglés de quien se hace amigo y que le ayuda prestándole dinero, recibe de Bolívar cartas en donde el humor sonríe sobre la tragedia: «No tengo ni un peso, y la lavandera, que es un alma paciente, se niega a lavar mi única camisa». Meciéndose impaciente en la hamaca, ve pasar en el mundo de los sueños las sombras de sus pueblos. Escribe muchas cartas, recibe visitas de muchos refugiados. Una comisión del Congreso de la Nueva Granada va a suplicarle se ponga de nuevo al frente del Ejército, pero al mismo tiempo sabe que la guarnición de Cartagena y el Congreso no se entienden. Bolívar agradece el llamado, pero rehusa aceptar la invitación. Una noche se desliza hasta su hamaca un asesino y descarga el puñal sobre quien allí duerme. Quiso el destino que no estuviese allí Bolívar, como era lo esperado, sino su amigo Félix Amestoy. El criminal, un antiguo sirviente de Bolívar pagado por ciertos españoles, es ejecutado en la plaza de Kingston.

De todo este fondo de miserias y desventuras, surge el mejor documento que escriba en su vida Simón Bolívar: la carta de Jamaica. Es una carta ambiciosa y profética donde hace una pintura de lo que será América para sí misma y para el mundo. Predice las dictaduras de la Argentina y de México, la anarquía del Perú, todas las desventuras e ilusiones de América.

«Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible; porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los represen-

tantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo...»

En Jamaica pasa Bolívar seis meses. Ya es imposible permanecer allí más tiempo, haciendo literatura. Sabe que Cartagena está sitiada, y hacia Cartagena se encamina. Pide doscientos pesos prestados, y fleta una goleta. En alta mar tiene noticia de que Cartagena se ha rendido, y, como otros emigrados, vuelve proa hacia Haití.

En esta república negra, que ha sacudido el yugo de Francia y derrotado a las fuerzas de Napoleón, va reuniéndose un grupo de revolucionarios que encuentran cálida acogida. Más aún: se ofrecen a Bolívar y a sus compañeros, armas, municiones. ¿Hacia dónde encaminarse? Hacia Venezuela. Allá puede darse la batalla definitiva. Tanta fe tiene Bolívar, que un día se embarca, desciende en la isla de Margarita, proclama una vez más la independencia de Venezuela y establece un gobierno.

La isla de Margarita no es ni una milésima parte del territorio de Venezuela, que está en poder de Morillo con sus diez mil veteranos de España y no se sabe cuántos miles de criollos realistas. ¡Qué importa! Bolívar está seguro de que esto es momentáneo. Se anticipa a decretar la libertad de los esclavos, anuncia que terminará la guerra a muerte si los españoles dejan sus persecuciones despiadadas. No tiene para respaldar estas palabras nada distinto de su fe.

Al fin, un día llega a tierra firme, y

Bolívar tenía la frenta alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas. Pobladas y bien formadas las cejas. Los ojos negros, vivos y penetrantes. La nariz larga y perfecta. La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo negro, fino y crespo. Su estatura era de cinco pies seis pulgadas inglesas. Tenía el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. Su piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados. Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritado.

Bolívar tenía siempre buen apetito, pero sabía sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conocedor de la buena cocina, comía con gusto los sencillos manjares del llanero o del indio. Hacía mucho ejercicio. No se ha conocido a nadie que soportara como él las fatigas. Después de una jornada que bastaría para rendir al hombre más robusto, le he visto trabajar cinco o seis horas enteras, o bailar otras tantas. Dormía cinco o seis horas, en hamaca, en catre, sobre un cuero, o envuelto en su capa en el suelo y a campo raso. En el alcance de la vista y en lo fino del oído no le aventajaban ni los llaneros. Era diestro en el manejo de las armas y diestrísimo jinete, aunque no muy apuesto a caballo. Muy esmerado en su vestido y en extremo aseado, se bañaba todos los días, y en las tierras calientes hasta tres veces al día.

Hablaba mucho y bien. Tenía el don de la persuasión y sabía inspirar confianza a los demás.

Genio creador por excelencia, sacaba recursos de la nada. Grande siempre, éralo en mayor grado en la adversidad. «Bolívar derrotado era más temible que vencedor», decían sus enemigos. Los reveses le hacían superior a sí mismo. Memorias del General O'Leary

avanza a Barcelona. El primer jefe patriota con quien se abraza es el general Arizmendi. Pasan revista a las tropas reunidas de los dos jefes: ¡Setecientos soldados en total! Con esta base, el Libertador se lanza a una campaña que no terminará sino el día en que los españoles sufran la última derrota en el corazón del Perú.

Tomar a Caracas es bien difícil. Bolívar lo intenta, y sufre una derrota. No hay sino un camino seguro, que es ir al Orinoco y hacerse fuerte en los Llanos. Es el que Bolívar escoge. El primer paso ha de ser tomar el puerto de Angostura, y Angostura cae, con ayuda de los haitianos. El azaroso camino de la llanura sin límites está abierto.

En esa llanura, un «tigre» ha venido mordiendo los flancos del ejército español, hasta infligirle su primera derrota al general Morillo. Ese *Tigre de los Llanos* es el general Páez: un jinete cabal, que no acierta a descifrar una carta, pero que por su valor y audacia se coloca el primero entre todas las gentes de la sabana. Día llegará en que, pulido este gigantón americano, y ya al final de su vida, le agasajen en Europa nobles y poderosos, la emperatriz Eugenia le distinga como su huésped favorito, lo aclame el presidente de los Estados Unidos y por las calles de Nueva York desfilen las tropas en su honor. Por ahora no es sino el gran jinete, el centauro, que se abraza por primera vez con Bolívar. Los dos hombres han descendido de sus cabalgaduras, avanzan el uno hacia el otro y, delante de sus tropas que se abren en silencio, como dos patriarcas, se echan los brazos y juntan las cabezas.

Hay un tercer personaje en los Llanos que marcha con ellos: el granadino Francisco de Paula Santander, que ha reunido el grupo de tropas de su patria, y las comanda.

LA PRIMERA BATALLA que dan estas tropas reunidas es la de Calabozo, que muestra a Bolívar de cuánto son capaces los llaneros: estos mozos casi desnudos, confiados en sus lanzas y caballos, se arrojan contra una escuadrilla de lanchas armadas que tienen los españoles en la mitad del correntoso Apure. Lo inaudito de esta resolución da la victoria. Cunninghame Graham dirá que es la primera vez en la historia que la caballería ataque a una flota armada.

Bolívar asiste a este espectáculo con emoción y advierte de un golpe de vista lo que valen los llaneros, pero pierde en esta ocasión las ventajas de su triunfo. Le tienta la idea de libertar a Caracas, en donde están las fuerzas de Morillo. Avanza a Maracay, a La Victoria, a su antigua hacienda de San Mateo, donde sus fieles esclavos caen de rodillas y le besan las manos. Pero al dar la batalla final, la pierde. Ha sido precipitada esta campaña en donde los ejércitos de la República, todavía mal adiestrados, van a chocar con regimientos de veteranos que llevan los nombres de victorias famosas ganadas por los españoles en las guerras napoleónicas: Valencey, Burgos, Barbastro, y que mandan Morillo mismo, el feroz Boves y otros de no menos bravura y experiencia. El choque es tremendo. Hay un momento en que la victoria parece inclinarse al lado de los patriotas, pero viene de pronto

un refuerzo de tropas frescas que determina una decisiva superioridad de los españoles. El ejército patriota se retira en desorden, con una pérdida de mil hombres.

Con la derrota de La Puerta, Bolívar empieza a meditar en la única solución posible: la solución heroica, apenas verosímil: trepar con sus llaneros casi desnudos la cordillera de los Andes, cruzarla por la región de los páramos, subir tres mil metros desde el fuego de la llanura hasta el hielo de Pisba, para atacar a los españoles en el corazón del viejo virreinato: en la Nueva Granada.

Mientras madura esta idea, la vida de los Llanos está llena de asechanzas y colorido. Bolívar duerme a campo raso, envuelto en su capa, sin más distintivo que una chaqueta azul. Usa el mismo sombrero de paja de los llaneros, y calza alpargatas. Ya no es el criollo que discurrió alegremente por las capitales de Europa con la frescura de los veinte años: los soles han quemado su piel, los trabajos surcado su frente, y la llamarada de sus ojos se ve más honda. Pero está en la plenitud de su vida. Es elástico, vivaz, y su cuerpo delgado y pequeño mantiene todo el vigor juvenil.

En este mundo contradictorio, en que luchan de un lado la cruda realidad y del otro la inextinguible fe de Bolívar, Bolívar se cree en el centro de una república de verdad, de un estado que debe darse constitución y que bien puede iniciar relaciones con las potencias europeas. Convoca un congreso que ha de reunirse en Angostura, donde tiene establecido su cuartel general, como si dijéramos: la capital de su Estado. Envía a Santander para que aliste gentes de la Nueva Granada, con el secreto propósito de cruzar los Andes. Funda *El Correo del Orinoco* y escribe sin descanso artículos que renueven la fe en la Revolución.

Y así, se reúne el congreso de Angostura. Bolívar pronuncia el discurso inaugural, que figurará luego como una de sus tres grandes piezas políticas. Traducido al inglés y al francés, se envía a los gobiernos extranjeros. La misma pobreza del medio da más grandeza a esta exposición. Los diputados son sólo veintitrés. Algunos han llegado descalzos, a lomo de asno o de mula. Ante ellos, Bolívar renuncia al poder civil, y sólo pide que se le permita retener el mando del ejército: el primer día de la paz, será el último de su mandato. La dictadura no puede continuar por más tiempo. Si el pueblo se acostumbra sólo a obedecer y a que lo manden, nacerán de ahí la usurpación y la tiranía.

Bolívar pasa revista a las grandes ideas políticas de todos los tiempos, desde Grecia y Roma, hasta la reciente formación de los Estados Unidos. Piensa que el gobierno debe asegurar en la mayor medida posible el bienestar, la seguridad social y la estabilidad política de los estados, pero cree que la democracia pura o la federación son tipos demasiado avanzados para un pueblo como el suyo, sin educación, sin tradición de libertad, y en donde hay una mezcla tan grande de razas.

Bolívar presenta, además, un proyecto de constitución en que establece la igualdad civil, la libertad religiosa

y la abolición de la esclavitud. Pide que haya una presidencia vitalicia, un senado hereditario y una cámara de elección popular. El poder judicial lo presidirá una corte de cinco miembros nombrados por el Congreso.

Bolívar, en gran parte, pretende impresionar con este Congreso a las naciones extranjeras. Mientras los diputados deliberan, él ya va muy lejos reanudando sus campañas militares.

Antes de salir de Angostura, Bolívar ha tenido uno de esos rasgos teatrales que usa siempre para sorprender a quienes quiere impresionar. Da un baile en honor de un agente del Gobierno de los Estados Unidos, a quien él llama «el embajador americano». En la mesa, que preside vistiendo ostentoso y brillante uniforme, pronuncia un discurso exaltado. Al terminarlo, salta de improviso sobre los manteles, y marchando con paso seguro entre el ruido de los cristales que saltan y se quiebran, exclama: «Como cruzo esta mesa de un extremo al otro, marcharé del Atlántico al Pacífico, de Panamá hasta el Cabo de Hornos, hasta expulsar al último español...»

Y MARCHA a la guerra. Es presidente titular del Estado, pero deja al vicepresidente en ejercicio. No ha escogido la vía del Orinoco, por donde podría avanzar en barcos. Va por tierra, nadie sabe a dónde. A cruzar los llanos, donde los ríos, que se salen de madre, convertirán la tierra en un mar. En Arauca, recibe un mensaje de Santander. Santander ha formado nuevo ejército de neogranadinos, y despejado de españoles la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Está abierto el camino para ir a la Nueva Granada.

En el Hato del Setenta, la noche del 23 de mayo de 1819, en torno a una candelada, sentados los oficiales en calaveras de vacas, Bolívar tiene un «consejo». Por primera vez revela el destino final de la campaña: cruzar la cordillera de los Andes.

Y empiezan las marchas. Con el agua a la cintura, con el agua al pecho, bajo la lluvia dura, o bajo el sol de fuego, una, dos, tres semanas, se ve serpentear la tropa como detalle minúsculo en el cristal sin límites de la pampa. Al fin, la mole de los Andes empieza a perfilarse. Del agua y el lodo va saliendo este espectro de milicias. Con mano temblorosa empieza a agarrarse de las rocas que caen verticales sobre la llanura. Vacila el casco firme de los caballos. Pero sube la tropa, sube, sube, y a medida que sube, la mano helada del páramo se afirma en el cuerpo sin carne de los llaneros que sienten por primera vez estas garras. Es una escalera de dos mil metros de altura cuyos peldaños van quedando pintados de cadáveres.

En lo más alto, en Pisba, en una noche límpida, la luna cae vertical sobre estos hombres que marchan tiritando, y sobre las mujeres que los siguen con sus chicuelos en brazos. El que no avanza, muere. A algunos se les flagela para que no se detengan, para que no caigan entumidos. Pero son muchos los que quedan clavados por las agujas del frío. Tres mil doscientos iniciaron el ascenso. Mil doscientos verán con vida la otra vertiente de estos montes. Las caballe-

rías, el ganado, todo se lo han llevado los rigores del páramo...

Ya se ve el otro lado. Ya bajan por las colinas los soldados, los sobrevivientes que van a enfrentarse con el ejército español. Doscientas cincuenta leguas han caminado desde Angostura, dando batallas donde las tropas de Morillo se les han interpuesto. En cuatro meses se lleva así a cabo una de las hazañas más salientes que registren los anales de la historia militar del mundo. Ahora, pelearán contra veteranos que, bajo las órdenes de Wellington, derrotaron a Napoleón.

En Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato de la Nueva Granada, el virrey Sámano espera noticias del ejército real. Apenas puede creerse que Bolívar haya aparecido de súbito, cruzando los Andes, por los caminos del altiplano que conducen a la capital. En el primer encuentro, tres mil españoles bien armados sufren increíble derrota a manos de dos mil seiscientos patriotas desarrapados.

Bolívar no pierde un minuto. Centenares de campesinos se suman a diario a su ejército. Hay que instruírlos en la retaguardia, para un combate que puede presentarse al día siguiente, mientras a marchas forzadas se sigue a dar la batalla que habrá de sellar la independencia de Colombia.

Ocurre el encuentro el 7 de agosto de 1819. En el fondo de un vallecito por donde corre el río Boyacá, chocan los dos ejércitos, que descienden con ímpetu de las opuestas faldas de los montes. En pocas horas se gana la más gloriosa victoria. Mil seiscientos soldados y treinta y nueve oficiales se entregan con todas sus municiones. El virreinato de la Nueva Granada queda libre. El virrey emprende una fuga tan acelerada, que ni se acuerda del millón de pesos que queda en las cajas reales.

En Bogotá, la asamblea del pueblo proclama a Bolívar Libertador de la Nueva Granada y ciñe sus sienes con una corona de laurel: él la entrega a Santander y a Anzoátegui, jefes de las divisiones vencedoras. La muchedumbre aclama a los soldados descalzos. Los oficiales apenas llevan alpargatas. El Libertador viste levita negra y pantalones blancos, botas altas y una gorra de piel. Ha venido — dice — a pagar una deuda que Venezuela había contraído con la Nueva Granada.

Ha pasado un mes de Boyacá. Bolívar inicia las labores del gobierno, pero sabe que su puesto está en los campos de batalla y que Venezuela ha quedado en poder de los realistas. Parte de nuevo a su patria, dejando como presidente en ejercicio al vicepresidente Santander. A marchas increíbles, mudando de cabalgadura a cada estancia del camino, repasa las mismas comarcas que había recorrido con su ejército. Ahora va casi solo, y por los caminos reales.

En Barinas se encuentra con Páez y le hace un relato de las proezas cumplidas. Bajando el Orinoco, cruza con una flechera que lleva izada bandera de general.

— ¿Qué general sube? — pregunta Bolívar.

— El general Sucre, Excelencia.

— ¿Sucre? No hay tal general. Hágale usted señas para que venga a tierra.

Las dos flecheras se dirigen a la playa, y Bolívar ve por primera vez a este hermoso soldado de veinticinco años, que hace su presentación con un breve relato de su carrera. Respecto a su grado dice:

— Nunca he pensado, Excelencia, retener mi rango sin vuestra aprobación.

Cuando Bolívar se despide del «general» Sucre, ya lo lleva en el corazón, pero está lejos de pensar que con el tiempo será el más amado de sus soldados y el más fiel de sus amigos.

En Angostura, Bolívar se encuentra con el desorden y la anarquía que son como la maldición de América. El gobierno ha pasado de unas manos a otras al compás de luchas internas. Bolívar tiene que realizar una obra maestra para poner de acuerdo a las gentes, imponer orden... y regresar a los doce días por el mismo camino que había traído. Hacer uno solo de estos viajes es bastante para escribir una historia. Bolívar hace tres en un año. Pero de Angostura no sale sin echar las bases de la Gran Colombia: convoca el congreso que habrá de reunirse pocos meses después en Cúcuta.

Otra vez en Santa Fe de Bogotá, Bolívar recibe delirantes aclamaciones. Pero no se detiene. Viaja a una y otra parte, reconociendo palmo a palmo, con sus propios ojos, la tierra en que se afirmará su gloria. Ahora se dirige hacia Cúcuta, la sede del congreso de su «Gran Colombia». Cúcuta queda en la frontera con Venezuela, y en Venezuela aún están vivas las fuerzas del generalísimo español Morillo. Pero esta vez el general Morillo envía a Bolívar una comunicación que — cosa extraña — está dirigida a «Su Excelencia, el Presidente de la República». El español propone un armisticio. Los dos jefes convienen en una entrevista. En Trujillo, la misma ciudad donde años antes decretó Bolívar la guerra a muerte, se reúnen y departen amistosamente, después de abrazarse, los dos hombres que simbolizan la causa de América y la causa de España. Es una extraña reunión que llena de asombro a cuantos la presencian. Después de todo, y cuando pasen los días, sólo quedará como un recuerdo impresionante que Morillo relatará con palabras que muestren la admiración que fué creciendo en él hacia el Libertador americano. Y pensar que cuando Bolívar llegó al campo de la entrevista, cabalgando en una mula y sin que ningún uniforme ostentoso realzara su cuerpecillo mediano y enjuto, apenas si pudo ser distinguido por las gentes de la comitiva española...

El armisticio es fugaz. Pronto desaparece entre el humo de la pólvora, y Bolívar da la batalla que sella la independencia de Venezuela: Carabobo.

Es el 24 de junio de 1821. Menos de dos años hace que dió la batalla de Boyacá, y ahora su ejército es más grande que el español. Los seis mil quinientos hombres que manda, — infantes, jinetes y artilleros — aniquilan en la llanura a los cinco mil españoles en un día lleno de emoción

llanera. Páez y los de su tropa realizan allí hazañas de las suyas. Cuando esta vez el Libertador entra en Caracas, es para anunciar el triunfo definitivo de los patriotas.

La tarea del guerrero ha terminado en el norte. Ya Venezuela y la Nueva Granada nada tienen que temer en sus fronteras. Pero al sur España sigue dominando, y el juramento de Bolívar ha sido no descansar ni un instante mientras en el suelo americano haya españoles que pretendan destruír la libertad de sus pueblos.

EL 13 DE DICIEMBRE DE 1821 Bolívar sale de Bogotá a la cabeza de 3000 soldados. En unas cuantas semanas ha planeado una campaña que requiere meses de estudio. Ve claro que la última batalla de América hay que darla en el Perú. Es allí donde los españoles conservan su última y más firme defensa. Ya la Argentina y Chile conquistaron su independencia, y San Martín avanza hacia el Perú, movido por las mismas ideas que embargan la mente de Bolívar.

Bolívar, que ha cruzado los Andes de oriente a occidente, los va a recorrer ahora de norte a sur, siguiendo los más fragosos y azarosos caminos. La barrera más difícil de franquear la forman las montañas y los realistas de Pasto, cerca de la frontera entre Nueva Granada y Ecuador. Allí los ríos pasan entre rocas verticales, cortando todos los caminos que el hombre pueda imaginar. Los guerrilleros realistas son de un valor y obstinación sin límites. No se sabe qué es más duro, si la roca o el hombre.

Bregando está Bolívar por abrirse brecha, cuando un grito de alborozo se oye por los lados del sur: es la victoria de Pichincha, ganada por aquel «general» Sucre, el joven a quien abrazó Bolívar en el Orinoco. Pichincha es la batalla de la libertad para el Ecuador, como lo fueron Boyacá para Colombia, Carabobo para Venezuela.

Salvados los últimos obstáculos de Pasto, Bolívar se dirige a Guayaquil para tener una entrevista que será decisiva en el curso de la historia americana: la entrevista con San Martín. Los dos libertadores que han arrebatado de las manos de España el norte y el sur de la América meridional, planearán ahora la campaña que consolide sus victorias.

Bolívar llega a Guayaquil catorce días antes que San Martín. Cuando el libertador del sur aparece a bordo del «Macedonia», una comisión enviada por Bolívar va a saludarlo y a darle la bienvenida al Protector del Perú que llega a «suelo colombiano». En estas palabras, y en la anticipación de Bolívar para llegar a la entrevista, queda resuelto uno de los puntos que iban a tratar los libertadores: si la provincia de Guayaquil habría de quedar bajo la bandera de Colombia, o bajo la bandera del Perú. San Martín permanece esa noche en el buque, y al día siguiente, muy de mañana, llega allí Bolívar a saludarlo. Los dos héroes se abrazan, y bajan a la ciudad que, vestida de flores, los aclama. Por la noche, después del banquete, los dos se retiran a dialogar. Nadie es testigo de lo que entonces hablan, ni de las tres conferencias que celebran al día siguien-

te, pero después de esta entrevista, San Martín deja el campo a Bolívar. Cree concluída su vida pública y se irá a Europa a terminar sus días.

MÁS DE UN AÑO demora Bolívar en el Ecuador, y en cuatro ocasiones recibe la súplica de los peruanos de que vaya a terminar la obra de la libertad americana. Los patriotas no dominan allí sino una estrecha faja contra el mar, que comprende a Callao, Lima y Trujillo. En el interior, está el ejército español de 18.000 hombres.

Bolívar entra triunfante en el Perú, pero no ha de entregarse al placer de gentiles agasajos sino a la cruda realidad de hacer la guerra y enderezar el gobierno de un pueblo atormentado por las luchas políticas. Hay que someter, en primer término, a Riva Agüero, que estableció en Trujillo gobierno propio. Hacia allá se dirige Bolívar con lo poco que tiene de ejército, y logra un triunfo incruento. Riva Agüero se fuga, camino de Europa. Pero el panorama no puede ser más desolador. Lo que tiene de tropas no se puede, ni en pensamiento, enfrentar al inmenso ejército español. Le falta dinero. Él mismo está enfermo. En un pueblecillo, en Pativilca, en un día de lluvia, solo, alicaído, le encuentra don Joaquín Mosquera. Bolívar le pinta el cuadro melancólico de la situación.

—Y Su Excelencia, ¿qué pretende ahora? — pregunta don Joaquín.

Y Bolívar, incorporándose de un salto, y encendiendo la llamarada de sus ojos:

— ¡Triunfar!

BOLÍVAR tenía, como hombre, el carácter, la simpatía y la apostura que tanto valen en un caudillo. Superior a las fatigas de la guerra, se le ve compartirlas siempre con sus soldados; apasionado de la música y el baile, es también el primero en acudir a una fiesta.

Uno de sus compañeros de armas, lo retrata con estas palabras: «Es un azogue. Si atraviesa una selva, marcha rápidamente, deja atrás a todos, apuesta que salvará los obstáculos mejor que nadie. En su hamaca, se mece continuamente, canta, conversa, recita poesías francesas. Cuando está entre amigos de confianza, alza a veces la voz, deja escapar una que otra palabra subida de tono. Bastará, sin embargo, que llegue un extraño, para que Bolívar dé en seguida muestras de una circunspección, una cortesía y una dignidad que imponen respeto».

La cualidad que Bolívar poseía en grado más sobresaliente era la que en castellano se llama hombría: aquella entereza de carácter, aquel temple que, por sí solos, subyugan la voluntad de los demás. Esta cualidad hacía emanar de la persona de Bolívar algo semejante a invisible flúido, a cuyo influjo no le era dable sustraerse a quien quiera que se hallara en presencia del Libertador.

Moderado en la mayoría de las cosas, no supo serlo nunca en sus relaciones con el bello sexo. Fascinaba a las mujeres dondequiera que iba. Eran ellas las que lo perseguían. Pasan de dos mil las cartas de amor dirigidas a Bolívar, que han llegado hasta nosotros.

Thomas Rourke en *Man of Glory: Simón Bolívar*

Y con actividad sin precedentes Bolívar se entrega a crear, a organizar un ejército de 9000 hombres, levantando dinero a la fuerza, reclutando hombres y caballos, tomando oro y plata de las iglesias, haciendo viajes tremendos al interior de los Andes, a

tierras que jamás han visto sus ojos, que antes no había pisado hombre blanco; sin darse ni un momento de descanso, aunque lo quema el fuego de la enfermedad.

En septiembre del año 23 llegó al Callao. Ahora estamos en mayo del 24 y ya tiene situados 5000 soldados de las tropas colombianas y 4000 de las peruanas en distintos lugares del norte del Perú. Meses después pasa revista a sus tropas, que están alineadas para dar la batalla de Junín, en la vasta llanura que está en la corona de los Andes, al lado de la laguna de los Reyes.

«¡Soldados!» exclama. «Vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar un mundo entero de la esclavitud... El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aún la Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo...»

Detrás de estas palabras de Bolívar echan a galope los caballos, corren los infantes, vuelan las banderas, y el ejército español de Canterac queda barrido.

Lo que sigue es un delirio de victorias. La última batalla, la de Ayacucho, la da Sucre con sus 5780 hombres que, con una sola pieza de artillería, derrotan a 9310 españoles. El último de los virreyes sale vivo gracias a la generosidad del vencedor. Las campanas de Lima se echan a vuelo. El palacio de Bolívar es una corte esplendorosa que adorna la gracia incomparable de las limeñas. Bolívar resigna los poderes dictatoriales, pero el Congreso le obliga a conservarlos por un año más. Convoca él el Congreso internacional de Panamá, invitando a todas las naciones de la América hispana y pidiendo a los Estados Unidos e Inglaterra que envíen sus representantes.

Está en el apogeo de su gloria. Quince años abarcan sus hazañas guerreras. Ha dirigido cerca de quinientas batallas sobre un territorio que tiene seis millones de kilómetros cuadrados. Ha librado del poder español a Venezuela, Nueva Granada, Quito y Perú, que luego serán las repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú. Panamá, por su propia voluntad, se ha colocado bajo su protección. Estas tierras representan diez veces la extensión territorial de España. El juramento de Roma está cumplido.

Cuando Bolívar entraba triunfalmente en Quito, después de la batalla de Pichincha, entre las mujeres que lo vitoreaban había una de veintidós años, casada con un médico inglés, el doctor Thorne. Aquella noche, en el baile, fué para el Libertador la mejor pareja de la fiesta. Había vivido su infancia en Lima, respirado un aire de alegre libertad, y parecía demasiado vivaz y agradable para ser sólo la señora de Mr. Thorne. Se enamora locamente de Bolívar, y quiere compartir su suerte. Parte con él, y, amazona, con uniforme de dragones y lanza en mano, le sigue en sus campañas. Bolívar la llama su «amable loca». Los soldados, «la Libertadora». La historia habrá de recordarla con su nombre propio, Manuelita Sáenz. En Lima

comparte con Bolívar la vida del palacio, y cuando él vaya al Alto Perú, será su compañera.

POR SEXTA VEZ Bolívar renuncia ahora a regir los destinos de Colombia, con cuya presidencia se le honra. Seguirá Santander en el gobierno. Él marcha al Alto Perú, donde una nueva nación tomará su nombre: Bolivia. El Congreso le aclama allí Padre de la República y Jefe Supremo del Estado. Bolívar, desde luego, no ejerce esta autoridad, y regresa a Lima. Allí redacta una constitución para Bolivia, en donde renueva su pensamiento de la presidencia vitalicia y muchas de las ideas que ya había esbozado en Angostura.

Lo que ahora tiene ante sus ojos Bolívar es un mundo diferente. Ya no hay españoles en América. Pero reina la anarquía en Venezuela, donde se piensa hasta en coronarlo emperador. En Lima, la vida cortesana lo asfixia. Los amores de Manuelita, unas veces le alegran, otras veces le incomodan. Bolívar resuelve volver a Colombia. Es inútil que los peruanos le supliquen que no salga de Lima. Él sólo les pide que se defiendan de la anarquía. Y, ya enfermo, mordido por la fiebre, emprende el viaje de retorno, no con la expedición de otro tiempo, pero aun con vigor bastante para hacer en veintiún días los dos mil kilómetros de distancia que hay entre Lima y Bogotá, pasando por caminos infernales.

Cuando entra a Bogotá, hay algo distinto en el aire de las aclamaciones. En los arcos triunfales ya no dice, como en años anteriores: «Viva el Libertador», sino «Viva la Constitución». Es la influencia de Santander. Bolívar «tiene ya la frente surcada de aquellas misteriosas arrugas que son, de ordinario, o la expresión patente de un gran combate librado en el fondo del alma, entre la ambición y el patriotismo, o las señales precursoras del próximo paso de la vida a la inmortalidad; en toda su fisonomía se muestran los lineamientos de una senectud anticipada...»

A MEDIDA que los pueblos se sienten más seguros de su independencia, los sueños de Bolívar sobre la Gran Colombia, presidencias vitalicias, constitución de Bolivia, van malográndose al contacto de la realidad. En Venezuela, Páez y los suyos se alzan con el poder. Bolívar va allá, abraza a Páez, le regala la espada bien ganada que trajo de Bolivia, pero la unión que así pacta se vuelve humo y olvido en cuanto regresa a Bogotá. En la Nueva Granada se reúne el Congreso de Cúcuta, que debe dictar la nueva carta fundamental: los amigos de Bolívar no logran imponer sus ideas, que se estrellan con la corriente de Santander. Abandonan el Congreso y lo hacen fracasar. En Bogotá una asamblea de notables elige dictador a Bolívar, que acepta la medida extrema. Pero la dictadura no hace sino ahondar las divisiones políticas. Una noche, conspiradores exaltados atentan contra la vida de Bolívar. Lo salva Manuelita obligándole a que huya por un balcón, y debe esperar a que amanezca, escondido bajo un puente, para volver a Palacio. Unos conspiradores huyen, otros son fusilados. Al general Santander, jefe de la corrien-

te antibolivariana, se le encarcela; luego se le destierra. El «Hombre de las Leyes», como le llamó Bolívar, sólo regresará a Colombia años después, como presidente de la república.

No hay que mirar ni al Sur, ni al Norte, ni al Este, ni al Oeste. La anarquía se extiende como candela en pajonal. En la provincia de Antioquia, Córdoba, el Héroe de Ayacucho, se subleva contra la dictadura. Los soldados de Bolívar le derrotan, pero ésta es una victoria turbia, porque un soldado irlandés asesina a Córdoba vencido. En Bolivia, Sucre ha tenido que abandonar el país dejándolo al borde del abismo. Los peruanos, por otra parte, declaran la guerra a Colombia e invaden a Guayaquil. Bolívar parte a apagar el incendio, que Sucre domina mientras el Libertador viaja, dando la batalla de Tarqui. Pero Bolívar está en la pendiente de las tragedias, regresa a Bogotá, se separa para siempre del mando, y el Congreso elige presidente a don Joaquín Mosquera.

AHORA sólo siente la necesidad de partir. De ir a buscar en tierra extraña tranquilidad para sus últimos días.

El 8 de mayo de 1830 sale a caballo de la capital de la república que ha creado, para no volver más.

«Se va el gran caballero de Colombia», dice, al verlo partir, el legionario Patrick Campbell, que es ahora ministro de Inglaterra ante el gobierno de la República.

Bolívar no se despide de Sucre, por evitarse la intensa emoción de abrazarlo. Sucre le escribe una carta que le lleva el homenaje de sus lágrimas. Cuando Bolívar llega a Cartagena, no tiene ni un centavo. La fiebre lo devora. Sus pulmones están hechos pedazos. A los pocos días recibe una carta que acaba de destrozarle el alma: en la montaña de Berruecos, cuando iba camino de Quito, gentes desconocidas han asesinado a Sucre, al hijo de su espíritu.

Y sigue la vorágine de las noticias, que apenas si pueden hacer otra cosa que estrujar la pobre vida del héroe, que ya no es sino la sombra de su sombra. Sus amigos de Bogotá, acaudillados por el general Urdaneta, han dado en tierra con el gobierno de Mosquera y han proclamado una vez más la autoridad suprema de Bolívar. Lo llaman para que vuelva a Bogotá. ¡Qué ironía! Bolívar está devorado por la fiebre. En la ciudad ardiente, la lluvia cae sin cesar. De la arena emana un vaho asfixiante. Para escapar a esta tortura, Bolívar sale camino de Barranquilla. En una goleta se dirige luego hacia Jamaica: quizás el aire, la brisa del mar, devuelvan la vida a sus pulmones. ¡Inútil! El balanceo de la goleta le hace tal daño, que se interrumpe el viaje y vuelven proa a Santa Marta.

Ahí están los amigos en la playa. Lo que baja es un saco de huesos. En litera, porque ya las piernas que domaron potros en los llanos, no sostienen ni ese pobre despojo de su cuerpo, se le lleva a la hacienda de San Pedro Alejandrino. Por los corredores de la casa, donde se mezclan con las brisas del mar el perfume del monte y los olores de miel que vienen del trapiche, apenas si dialogan los amigos. Los negros, descalzos, pasan como sombras, húmedos los ojos. El

médico, un francés, Alexandre Révérend, conversa a veces con el enfermo.

— ¿Qué le ha traído a estas tierras, doctor? — le pregunta Bolívar.

— He venido en busca de libertad, señor.

— Y, ¿la ha encontrado usted?

— Sí, Excelencia.

— Entonces, ha sido usted más afortunado que yo...

Ha venido el escribano. Bolívar le dicta su testamento y su última proclama en que se despide para siempre y perdona a sus enemigos. Por la noche, el mismo día en que recibe la Extremaunción, la alcoba se llena de amigos, gentes del pueblo, oficiales. El escribano empieza a leerle, en voz alta, para que todos la oigan, la última proclama. Le tiembla el papel entre las manos, le tiembla la voz entre los labios, le tiembla el alma, y no puede concluír. Un oficial termina la lectura:

«Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

En todos los ojos hay un velo de lágrimas. El doctor Révérend no ha podido más, y se ha retirado. Bolívar, al oír las últimas palabras, murmura confirmándolas: «¡Sí, a la tumba! Esto es lo que mis compatriotas me han deparado: yo los perdono. Si al menos pudiera llevarme el consuelo de que permanecieran unidos...»

Y, mientras, Bolívar agoniza; vienen esos siete largos días, esas siete largas noches en que todavía le quedan fuerzas a su espíritu para pensar en las desventuras de su gloria. «¿Aré en el mar? ¿Edifiqué en el viento?» Por los caminos recónditos de los montes, por los caminos del viento, como que los sollozos de las gentes de San Pedro llegan a lugares remotos. En Tenerife, una mujer, cierta francesita de ojos azules a quien fascinó y enamoró Bolívar la primera vez que pisó tierra colombiana, echa a correr, a navegar, a bajar el río, a ir a Cartagena, a Santa Marta, para besar al fugitivo. Y Manuelita, ahí viene desde Bogotá, y camina por las ciénagas, y se destroza por alcanzar a despedirle. Llegan tarde. Ya velan el cadáver en la iglesia, y Santa Marta se estremece bajo las alas del bronce. Murió a la una de la tarde, el 17 de diciembre de 1830. Tenía cuarenta y siete años. Aquel día era el undécimo aniversario de la fundación de su república.

Pasan veinte, treinta, cincuenta años, y en América reina la anarquía. Chocan los partidos en pavorosas guerras civiles, y dictadores sanguinarios pretenden imponer el orden ahogando la voz de los hombres libres. La anarquía que Bolívar vió desde aquel día en que escribió la carta de Jamaica, es el hecho universal en América. Parecen cumplirse al pie de la letra sus palabras de entonces:

«Los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por el efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad,

de la igualdad. Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de la república? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto...»

PASAN cincuenta años más. Después de esa inevitable etapa en la que reina la anarquía, los pueblos de América empiezan a equilibrarse dentro de las fórmulas de libertad y justicia que apenas se anteveían por los visionarios del tiempo de Bolívar.

Y ahora, parecen como una revelación de nuestro tiempo las palabras mágicas que el Libertador dirigió a sus tropas en Junín:

«¡Soldados! La Europa liberal os contempla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo!»

Un rasgo de elocuencia

NADA HAY COMPARABLE AL ENTUSIASMO con que en el Alto Perú se recibió al Ejército Libertador después de Ayacucho. De las modestas aldeas de las mesas andinas salían los vecinos curiosos y agradecidos a ofrecer las más escogidas flores de sus jardines y los mejores frutos de su huerto espiritual.

El doctor Choquehuanca, pobre pastor de almas de Pucará, aldea perdida en la inmensidad de los Andes, felicitó a Bolívar con la siguiente arenga que, por los rasgos de elocuencia y elevación de ideas, en nada desdice de los brotes sublimes de los príncipes de la palabra. ¡Felizmente la historia ha recogido las frases del humilde pastor!

«Quiso Dios formar de salvajes un imperio y creó a Manco-Cápac. Pecó su raza y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación tuvo piedad de la América, y os ha creado a vos. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho, y para que alguien pueda imitaros es preciso que haya un mundo que libertar.

«Habéis fundado cinco repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra estatua adonde ninguna ha llegado: ¡Con los siglos crecerá vuestra gloria como crecen las sombras cuando el sol declina!»

Enrique Naranjo Martínez en *Puntadas de Historia*